

ANSELM GRÜN

**LA SABIDURÍA DE LOS
PADRES DEL DESIERTO**

EL CIELO COMIENZA EN TI

OCTAVA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2014

Pintura y diseño de la cubierta: Christian Hugo Martín

Tradujo Pablo García sobre el original alemán *Der Himmel beginnt in dir. Das Wissen der Wüstenvater für heute*

© Verlag Herder, Freiburg im Breisgau, 1994

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2000

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563

ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1375-0

Depósito legal: S. 424-2014

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

<i>Introducción</i>	9
1. Espiritualidad desde abajo	19
2. Permanecer consigo mismo	31
3. Desierto y tentación	39
4. Ascesis	49
5. Callarse y no juzgar	57
6. El análisis de nuestros pensamientos y sentimientos	67
7. Modo de tratar con nuestras pasiones	85
8. Estructuración espiritual de la vida	107
9. Ponerse todos los días ante los ojos la muerte ...	117
10. La contemplación como camino de sanación	125
11. La mansedumbre como distintivo de la persona espiritual	131
<i>Epílogo. Visión de conjunto</i>	135
<i>Bibliografía</i>	141

INTRODUCCIÓN

Leyendo hace poco la revista de un banco austriaco, me sorprendió ver que el autor de un artículo sobre los problemas de dirección en las empresas comenzaba narrando una historia de monjes. Está claro que los directivos encuentran hoy una ayuda para su vida y su trabajo en los a menudo sorprendentes apotegmas, palabras, dichos o sentencias de los monjes presentados en forma de breves narraciones.

Al igual que hace algunos años se pusieron de moda los *koans* budistas¹, en la actualidad se comienza a descubrir la sabiduría de los padres del desierto. En efecto, los psicólogos se interesan por las experiencias de los antiguos monjes, por sus métodos para observar y analizar los pensamientos y las emociones. Tienen la sensación de que ellos no hablan en abstrac-

1. Los *koans* (del chino *kung-an*, anuncio o aviso público) se basan en anécdotas de los maestros del *zen*. Se cuentan unos mil setecientos *koans*. En el budismo *zen* de Japón, *koan* es una sentencia o cuestión paradójica usada como disciplina de meditación para novicios. El esfuerzo para resolver un *koan* pretende agotar el intelecto analítico y la voluntad egoísta, preparando la mente para dar una respuesta apropiada a nivel intuitivo. Cada uno de estos ejercicios enseña también algún aspecto de la experiencia *zen* y constituye un test de la competencia del novicio [N. del T.].

to del ser humano o de Dios, sino que transmiten un genuino conocimiento de sí mismos y una auténtica experiencia trascendente.

La Iglesia haría bien en ponerse también en contacto con las fuentes primitivas de su espiritualidad. Sin lugar a dudas sería mejor respuesta a las aspiraciones espirituales del mundo actual que una teología moralizante, que durante los últimos siglos ha resultado tan paralizadora. La espiritualidad de los primeros monjes es mistagógica, esto es, introduce en el secreto de Dios y en el del ser humano. Igual que la antigua medicina consideró la dietética (el arte de una vida sana) su tarea más importante, los monjes entienden las indicaciones sobre las prácticas ascéticas y espirituales como la introducción en el arte de una vida sana. Así pues, en cuanto vamos a decir beberemos, como de rica fuente, de la espiritualidad tal como la vivieron los antiguos monjes entre los siglos IV y VII de nuestra era.

Hacia el 270 d.C. el joven *Antonio*, que rondaba los veinte años, escuchó en la liturgia esta invitación de Jesús: «Vete, vende lo que tienes, dales el dinero a los pobres y así tendrás un tesoro duradero en el cielo. Luego, ven y sígueme» (Mc 10, 21). Estas palabras le llegaron al corazón de tal manera que enseguida decidió vender sus posesiones y retirarse al desierto. Primero se encerró en un castillo abandonado, sin ningún contacto con el mundo exterior. Allí permaneció a solas con Dios. Pero se encontró no solamente con Dios, sino también consigo mismo. Y experimen-

tó una rebelión en su interior. Tuvo que confrontarse con sus sombras. Los viajeros que pasaban junto al castillo oían dentro una gran pelea. Era la lucha contra los demonios, contra las fuerzas del abismo, semejantes a fieras salvajes. Los demonios se lanzaban sobre Antonio con gran griterío, pero él resistía. Confiaba en la asistencia de Dios, aguantaba la lucha.

Cuando al final los peregrinos entraron por la fuerza en el castillo, encontraron a un hombre «iniciado en profundos secretos y enamorado de Dios», como le describe *Atanasio de Alejandría* en el famoso libro que escribió sobre su vida: «El aspecto de su interior era limpio. No se había vuelto huraño ni melancólico, ni inmoderado en su alegría, ni tampoco tuvo que luchar con la risa o la timidez. Como la visión de las grandes cosas no le desconcertó, no se notaba nada su alegría de que tantos vinieran a saludarlo. Antonio era más bien todo equilibrio, guiado ponderadamente por su meditación y seguro en su particular estilo de vida. A muchos que padecían dolencias corporales el Señor los curó por medio de él. A otros los liberó de los demonios. Dios había concedido también a nuestro Antonio una gran amabilidad en su conversación. Así, consoló a muchos tristes, a otros que estaban enemistados los reconcilió, de tal manera que se hicieron amigos» (Athanasius, 705).

Antonio se interna todavía más en el desierto, pero tampoco allí permanece solo. Su ejemplo hace escuela. En torno al año 300 vemos por todas partes ermitaños en el desierto. Muchos son discípulos de

Antonio; otros se han hecho monjes sin depender de él. El ansia de encontrar a Dios en la soledad como monje era tan fuerte en aquella época, que por todas partes surgieron «grutas», celdas monacales, a cierta distancia unas de otras. Era el tiempo en que el cristianismo se hizo religión del Estado y se debilitó la fe. Entonces los monjes, como los «mártires», quisieron ser testigos de la fe por medio de un seguimiento radical de Cristo. Así surgieron, en distintos lugares, los movimientos monacales.

Estos tuvieron su raíz en los círculos ascéticos de la primitiva Iglesia. La primitiva Iglesia estaba, por lo general, tan proyectada hacia el más allá, que casi podría decirse que entonces todos eran monjes. En el siglo II los ascetas constituían el centro de las comunidades, alrededor de las cuales acudían en masa los fieles para resistir como cristianos en la atmósfera hostil del Imperio romano.

Pero es a partir del siglo III cuando puede verse ya el movimiento monacal. Los monjes se asientan a la vez en distintos lugares, primero en despoblados, luego en el desierto. Los especialistas no se ponen de acuerdo sobre los orígenes del monacato. Está claro que no procede tan sólo de fuentes cristianas. La Biblia no invita al monacato. El monacato es un fenómeno general humano, que se da en todas las religiones. En el hombre hay una nostalgia original de Dios, de vivir sólo para Dios, de prepararse, a través de la ascesis y de la fuga del mundo, para la visión de Dios, para unirse con Dios. Los monjes cristianos sintieron esta nos-

talga y la interpretaron siempre a la luz de la Biblia. En la Sagrada Escritura hallaron el fundamento para seguir de forma radical a Cristo. Pero tuvo también su importancia la filosofía griega. Numerosas ideas y prácticas de los monjes se asemejan, por ejemplo, a las de los pitagóricos. La vinculación de la ascesis con la mística es típicamente griega. El mismo vocabulario ascético, tan rico, procede en gran parte «de la filosofía popular helénica» (Heussi, 292). Así, palabras como «asceta», «anacoreta» (retirado del mundo), «monje» (*monakos*, esto es, uno que se separa), «cenobio» (comunidad de monjes) y muchas otras.

Hacia el año 300, acudían de todas partes monjes al desierto. Allí trabajaban y oraban durante todo el día, ayunaban y se emulaban unos a otros. Ellos no inventaron la vida ascética, sino que adoptaron sus prácticas de otros movimientos religiosos. Sin el conocimiento de la ascesis, su vida especial en el desierto hubiera terminado en un trastorno psíquico general y en la demencia. Los monjes tomaron la sabiduría y la experiencia que ascetas de todas las religiones y de los círculos filosóficos habían acumulado ya anteriormente. Sólo así pudieron permanecer en continua soledad y vigilancia y en constante búsqueda de Dios, para alcanzar de ese modo un gran conocimiento del ser humano y un verdadero rastro de Dios.

Los padres del monacato fueron como los psicólogos de su tiempo. En la soledad, observaban y analizaban sus pensamientos y sus sentimientos, de los que el domingo, al reunirse para celebrar la eucaris-

tía, trataban con el abad², su padre espiritual, para no dejarse engañar en sus luchas. Dialogaban sobre sus pensamientos y sentimientos, sobre su estilo concreto de vida y sobre su camino hacia Dios. Así surgió la denominada confesión de los monjes, en la cual no se trataba tanto del perdón de los pecados como de un acompañamiento espiritual para la dirección de las almas. Era una anticipación del coloquio terapéutico, tal como ha sido desarrollado por la psicología moderna. De todos modos, de las ciudades, incluso de más allá de los mares, de Roma, innumerables fieles acudían a aquellos solitarios que se habían apartado del mundo, para pedir su consejo. Algo parecido a como tantos buscadores de la verdad peregrinan hoy día a la India, a los gurús. Tenían la sensación de que, en ese desierto, vivían hombres que sabían lo que es ser hombre y que hablaban de Dios con autenticidad, porque lo habían experimentado.

En el año 323, el abad *Pacomio* fundó un monasterio junto a Tabennisi, en el desierto de Egipto. Mientras que los ermitaños apenas se relacionaban unos con otros, Pacomio fue el primero en crear una comunidad de monjes. Así surgieron grandes monasterios de hasta más de mil monjes rígidamente organizados, modelo para todos los que luego, tanto en Oriente como en Oc-

2. En el texto original, para decir «abad», Grün no usa la palabra alemana *Abt*, sino que unas veces lo llama *abba* (en griego) y otras, *abbas* (en latín). De todos modos, tanto en griego como en latín, la palabra «abad» siempre significa «padre». En nuestra traducción emplearemos únicamente la palabra «abad» [N. del T.].

cidente, irían apareciendo poco a poco por todas partes. Hasta que en la fundación de *Benito de Nursia*, en Montecasino, alcanzaron su apogeo histórico. En estos monasterios vivieron conscientemente su fe cristiana en comunidad. La nostalgia por la primitiva Iglesia, por aquella comunidad en la que, como afirma san Lucas, «todos eran un solo corazón y una sola alma, y lo tenían todo en común» (cf. Hch 4, 32ss), es lo que movió a los monjes a buscar juntos a Dios.

La comunidad de ricos y pobres y de gentes de distintas razas, precisamente en aquella época de pueblos transhumantes, fue un signo de que el Reino de Dios había llegado. Aunque apartados en soledad, los monjes marcaron al mundo como ninguna otra fuerza de la Antigüedad. Benito, que en medio de la inestabilidad de su tiempo había fundado un pequeño monasterio sobre el monte Casino, llegó a ser «el padre de Occidente». Y los monasterios que vivieron de acuerdo con su regla dejaron, con su oración y su trabajo, una profunda huella la cultura de las naciones, desarrollando un determinado estilo de vida que, durante largo tiempo, caracterizó a Europa.

Ya en la segunda mitad del siglo IV, los monjes se pasaron unos a otros los dichos de los grandes padres antiguos. Aunque pronunciado en una situación concreta y respondiendo a una cuestión particular, «se ve claramente que el dicho (apoteigma) del padre, lleno de espíritu, tenía un significado mucho más amplio y rico. No se hizo ninguna colección de esos dichos, pero, poco a poco, fueron surgiendo amplias recopila-

ciones de los mismos, que tuvieron una gran difusión en la cristiandad. Solamente manuscritos griegos hay unos 160» (Miller, 17).

De esos dichos de los padres queremos sacar nosotros para cuanto vamos a decir aquí. En ellos uno tiene la sensación de que proceden de la experiencia, de que no se quedan en simple teoría. Sus palabras orientan y están llenas de sabiduría. Pero en sus enseñanzas no podemos ver ninguna máxima general válida siempre para la vida. En todo momento responden a situaciones concretas: una palabra precisamente para este que pregunta, un camino terapéutico para este otro en particular. Por eso muchas de sus expresiones son parciales y exageradas. «Aquí no se dicen de una vez para siempre verdades válidas para todos. Están pensadas para un hombre determinado, en una situación particular, como agujijón que le avive y estimule a ser lo que, en ese momento, debe ser, y esto inmediatamente, hoy, no mañana» (Sartory, 11).

Lo que se nos ha transmitido en los apotegmas, dichos en una determinada situación, fue descrito sistemáticamente por *Evagrio Póntico* (345-399). Evagrio (o en latín *Evagrius*) era griego, teólogo culto, que, envuelto en una historia de relaciones, huyó de Constantinopla y se hizo monje en Egipto. Adoctrinado por un padre antiguo en el monacato, Evagrio llegó a ser pronto un padre espiritual muy solicitado. Aunque tentado siempre él mismo, se hizo un especialista en el modo de tratar los pensamientos y los sentimientos, y en la lucha con los demonios. Muchos hermanos